

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

La palabra dicha

*Entrevistas con
escritores mexicanos*

GERARDO OCHOA SANDY



MALÚ HUACUJA	
Una espalda mojada de la literatura	363
CARMEN LEÑERO	
El mismo estado de juego de entonces	373

PRESENTACIÓN

Presentación

Ésta es una selección de entrevistas con escritores mexicanos que realicé entre 1986 y 1992.

Inicialmente fueron publicadas por Huberto Batis -*sábado*-, Patricia Cardona -sección cultural de *unomásuno*-, Roger Bartra, José María Espinasa y Galo Gómez Ogalde -*La Jornada Semanal*-, Fernando Solana Olivares -*El Nacional Dominical*-, Vicente Leñero y Armando Ponce -sección cultural de *proceso*-, Adolfo Castañón -*La gaceta* del Fondo de Cultura Económica- y José María Espinasa -revista *casa del tiempo*-.

La mayoría de estas conversaciones surgieron en torno a la llamada coyuntura periodística, por lo que fue el curso de la historia literaria el que determinó que entrevistara a unos y a otros no.

He hecho lo que se acostumbra en estos casos: corregir y editar aquí y allá.

No es, por supuesto, un repaso de los autores que por lo general han publicado su obra más significativa en la segunda mitad del siglo xx. Las fechas de su publicación indican además el momento literario en el que se hallaba cada uno de ellos. Es, entonces, una colaboración al tema sustentada en lo que estos escritores pensaban y sentían al respecto de los libros que habían escrito así como de asuntos relacionados con la literatura, la vida literaria y la vida en general.

Finalmente, la presentación de estas entrevistas se basa en la percepción de afinidades temáticas y generacionales como me parece notorio en las denominaciones que le he otorgado a cada uno de los apartados.

SABINA BERMAN

Incorporar el silencio a la literatura

¿Sabina?

No respondía. Era otra: una nazi, una gángster, una guerrillera de la resistencia polaca, una judía, alguien a punto de cometer un crimen atroz, un acto heroico. La imaginación.

¿Sabina?, y protestaba, le irritaba responder a una identidad única. Abandonaba entonces el campo de guerra y corría por el pasillo de una casa de Las Lomas rumbo a su madre. Saberme Sabina, Sabina Berman, hija de judíos exiliados en México, siempre hija de los mismos padres y no poder cambiar mis siete años de edad, mi apariencia, mi lugar y tiempo, mi cuerpo, era extraño, ridículamente monótono.

Mi madre entonces me preguntaba: ¿Qué soñaste ayer? Que te mataba, le decía. Platicábamos y entendíamos el porqué y sonreíamos, pero yo no entendía por qué no podía estar 50 años atrás matando gringos, alemanes y judíos. ¿Quieres café? Me gusta ser una buena ama de casa. Tose. Toma una pastilla para el malestar. Sirve y bebemos café para el frío. Llenaremos y vaciaremos las tazas y el cenicero una y otra vez.

¿Por qué haces eso, Sabina?

Está en el patio de la escuela, durante un recreo en sus años de secundaria y ha roto una ventana, o está en clase y enciende un cigarrillo. No entendían cómo horas antes había sido la alumna ideal pero yo tampoco entendía por qué no podía dejar de serlo. Me resistía a engranarme a un orden social que suplantaba al orden natu-

ral. Aprendemos prematuramente el primero en detrimento del segundo, nos volvemos seres sociales antes que seres humanos. Y ahí los tienes a todos, estudiando, leyendo periódicos, escuchando la radio, socializándose para continuar con esa ficción y olvidar su ser íntimo. Siempre me evadí de aprender lo que debía haber aprendido y aunque me gustaban especialmente las matemáticas no supe leer el reloj hasta que viví sola, a los 19 años. Créeme.

Por entonces, en la adolescencia, Sabina quería ser varias a la vez y serlo todo, acariciar el absoluto. Lo buscó donde creía que se hallaba su umbral: el sexo. Pero la sexualidad para mí es una paradoja. Dos cuerpos se enlazan, se afanan por encontrar el absoluto, su unidad y, en el instante que la logran, la pierden. La piel con la que gozaba es la piel que me separaba del amante, de la fuente de gozo. (Me tratas con cariño, ¿eh? Quitas las tonterías...)

Ganadora de cuatro premios nacionales del teatro, Sabina Berman no ha escrito teatro desde hace año y medio y prefiere no hablar de eso ni de Abraham (Oceransky), sino ir más atrás, cuando un día se sorprendió a la mitad de la calle preguntándose: ¿Quién soy? ¿Cuántos años tengo? ¿Qué hago aquí? Miré adelante de mí y encontré un McDonald's. Estaba en Estados Unidos y participaba en un torneo de tenis. La competencia se me había vuelto un conflicto terrible y comenzó a invadirme el miedo a perder, así como una inmensa lástima de que mi contrincante perdiera también. Alguna vez llegué a sustituir el agua por ginebra en los partidos.

Unos *Jesus freak's* le auxiliaron y me fui con ellos a una comuna, a comer pan con miel, a dormir en el piso, a leer a cualquier hora la Biblia, a convertirme en una adoradora de la inocencia. Híncate y pídele a Jesucristo que penetre tu alma y Él será tu tranquilidad me decían. Y yo, una judía, estuve tentada a hacerlo, pero pensé que mi abuelo me maldeciría desde el cielo y no lo hice.

¿La gente, Sabina?

La gente le decía que sus requerimientos ante la vida eran exagerados, que debía mantenerse en un estado de insatisfacción moderada para encontrar la salud mental. Luego entró a la Univer-

sidad Iberoamericana y probó la mariguana. La idea de una realidad como una identidad constante se vino abajo. Entonces, ¿cómo aceptar la realidad si te fumas un carrujo y cambia? Un toque modifica considerablemente la geometría del espacio y el tiempo. ¿Por qué aceptar entonces una realidad tan veleidosa? Con la mariguana descubrí también la facultad que tiene la imaginación para resolver conflictos psicológicos y acceder a los mitos que he heredado como ser humano.

Al misterio.

Soñó que veía a la esfinge alada, mitad cuerpo de leona, mitad cuerpo de mujer, hermosamente maquillada, casi egipcia, con una mitra, ubicada al noreste de mí. Entre ella y mi corazón iba y venía el miedo. Entonces me guiñó el ojo. Caminé hacia ella y a cada paso el miedo me penetraba como una espada. Al detenerme ante ella con el corazón atravesado mi cuerpo comprendió que el misterio no es una pregunta sino un estado de asombro continuo. La Esfinge me volvió a guiñar el ojo y todo se disolvió en luz.

A la Muerte.

Estaba muerta, asisto a mi funeral, me doy cuenta que todo acabó, que para bien o para mal hay un término, como aquella vez, a los cinco años, en que por curiosidad y por el vértigo que le producía la vida se miró en el espejo y se preguntó (como *Alicia en el país de las maravillas*): ¿qué hay del otro lado?, y decidí que para saberlo tenía que deshacerme del cuerpo y corté mis venas, pero tan pronto vi correr la sangre, pedí ayuda.

Sólo sueños.

Éramos un grupo de amigos y a estas ensoñaciones les llamábamos "sueños del conocimiento". Los intercambiábamos como los niños intercambian estampitas, nos los contábamos en voz baja, casi en secreto. Andábamos todo el día con los párpados a media asta. Por esa época empecé a escribir e hice una obra de hora y media donde el escenario contaba sólo con una puerta que, cada vez que se abría y se cerraba, la realidad era otra. Y ahí íbamos, José Luis, Celia, Mili, Ricardo, Athos, Carlos, Blanca, Leonor, Haidi

y Luis, cargando nuestra parte de un foro a otro, riéndonos de nada, pero ya te estoy hablando de teatro.

De teatro no.

Su gran descubrimiento con la marihuana fue la percepción de una mente libre de formas, pura luz, un lugar inalterable donde encontraba al fin el gozo, pero taquicardias y otras molestias me hicieron temer por mi salud y busqué otros medios para llegar al mismo estado sin tener que padecer ningún malestar. Un día un hombre, José Gordon, me explicó que lo que yo buscaba podía encontrarlo en la meditación. Fue hace nueve años (a los 21), y desde entonces cada mañana, luego de despertar, y cada tarde, a la hora del ocaso, cierro la puerta de mi habitación, me siento cómodamente en un sillón, coloco mis manos sobre los muslos, cierro los ojos y repito un mantra y voy entrando a niveles cada vez más profundos de la conciencia.

Teléfono. ¿Estás?

No, no está. He dejado de ser rebelde. La meditación es una forma de suicidio para renacer con un impulso nuevo, manteniéndome conectada a esa sensación de silencio y de vacío. A veces las manifestaciones del mundo me distraen y comienzo a angustiarme, a meterme en problemas, pero basta con que me detenga y vuelva a ese punto para superarlos. Hay quien dice que ahora todo me vale un sorbete. Y es cierto, todo lo circunstancial me vale un sorbete. ¿Por qué habría de apegarme a cosas que cambian constantemente y algún día terminarán? Ahora con la meditación todo me es dado por añadidura. Desde la meditación, por ejemplo, el sexo es una delicia, un sinónimo de belleza: dejar que los cuerpos se muevan por puro placer y que cada caricia se convierta en un acorde, en una pincelada. La separación de los cuerpos ya no me deja insatisfecha, pues ahora no me concibo como un cuerpo. Me concibo interesante, muy interesante, una manifestación del vacío que necesita cada vez más de menos cosas y una de las cosas que odio necesitar es (lo apaga) el cigarro, pero no de la literatura, aunque creo que he escrito demasiado para mi edad. Comienzo en

cambio a sentir amistad por la gente y aún necesito del amor, pues tengo una gran necesidad de dar, de dar, de dar. Y aún siento apego por las personas que me dan. Creo que cuando deje de necesitar del amor, comenzará verdaderamente a gustarme.

¿Y ahora quién es Sabina?

Quien advierte el aire que nos separa, este cuerpo que está aquí, sentado, pero ya no como una pared, sino como si yo fuera agua que fluye. Sigo sin saber qué sentido tenga ser un cuerpo, un cuerpo que se va a arrugar (y me muestra esa primera arruga que asoma en la frente, me invita a mirarla de cerca y ríe), tampoco le encontraría sentido a ser una mente, ni tengo la certeza de tener un alma, de que haya vida eterna, de que vaya a reencarnar, pero sigue teniendo la misma fascinación ontológica por los caballos que durante su infancia. De niña los montaba y sentíamos que éramos la misma raza, que compartíamos los mismos deseos, el movimiento, la agilidad, la tensión precisa, la hidalguía. Y sobre todo esa capacidad de andar a trote lento para de repente soltarse a galope. Caray, si uno pudiera escribir como un caballo: galopar en el impulso de las emociones desde la quietud, manteniéndome alerta, quieta como un caballo.

Algunos le han dicho que, más que a los caballos, se parece a los gatos pero lo único que se me ocurre responderles a esas personas es que esos animales, que comen y se van, cogen y se van, lejos de ser malagradecidos, son así con permiso de la luna.

Sabina, la vuelta a la adolescencia.

Ahora por medio de la literatura, pero ya no para vaciarse en el papel como terapia, sino procurando mejorar mis herramientas de trabajo, tratando de incorporar el silencio a la literatura, pues lo único que sé hacer es quedarme callada o escribir. Vuelvo a un momento crítico de mi generación, a la época donde las niñas pasan a mujeres, a ese golpe de Estado contra la naturaleza donde te exigen que seas una de todas las posibilidades que se te ofrecen pero ninguna más. Así va apareciendo la mujer fatal, la gran venganza de la niña a quien sorprendió la regla y entendió la menstruación

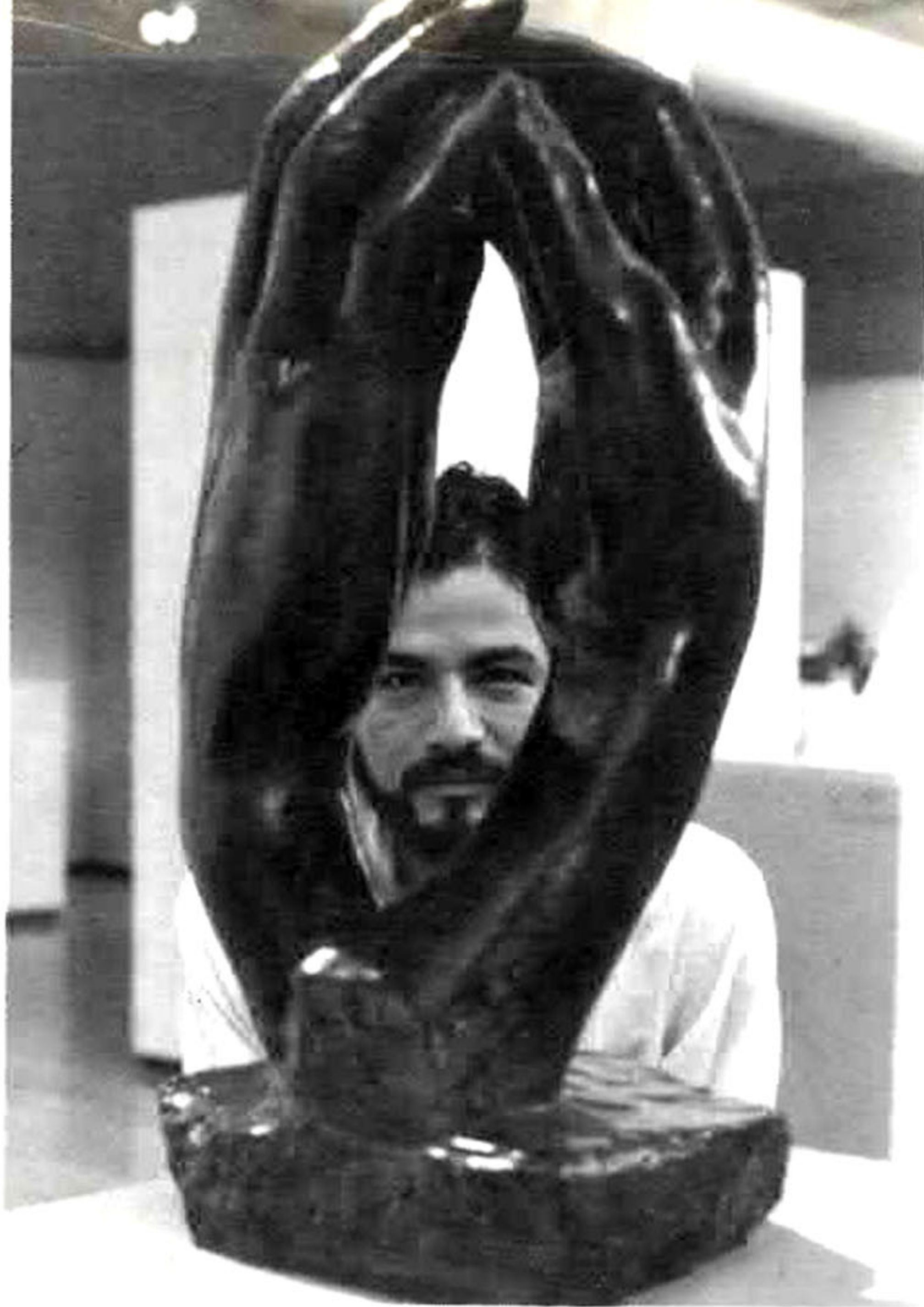
como una herida, se pinta los ojos, los labios y las mejillas y sale a conquistar el mundo, a herir machos. O la que elige la sublimación como camino, se enamora de las matemáticas y le gusta fugarse del tiempo rumbo a la eternidad de las cifras en unos desmayos que su madre y maestros consideran síntomas de una epilepsia benigna. O la joven que no comprende por qué no puede enamorarse de su mejor amiga y se atreve a llegarle y acepta. O también la testiga de todas sus compañeras, quien las mira y hará una película que llamará *Rocío y Angélica*, en honor a sus baladistas preferidas, cuyas canciones, junto con las fotonovelas, dieron forma a su educación sentimental.

Escribe de todas ellas, como una autora asexual, no porque tenga o no tenga una preferencia especial, sino porque las conozco en lugares donde difícilmente los hombres las pueden conocer. O, acaso, ¿las has visto tú en los tocadores, en los baños, planeando la forma de enamorarse a un hombre lo mismo que para preparar un spaghetti? Los hombres viven una situación parecida, encerrados en su mundo, gozando de sus placeres más sencillos que de sabidos no se dicen. Apiñados, para luego asumir sus roles y entrar en la ficción de que son distintos a nosotras.

Por cierto, ¿por qué no escribes de eso?

sábado 449 de unomásuno, 25/IV/1987

CARMEN BOULLOSA



Gerardo Ochoa Sandy (D.F., 1962). Estudió filosofía en la UNAM. Ha sido periodista cultural en el diario *unomásuno* y la revista *Proceso* y secretario de redacción del suplemento *sábado*. Becario del FONCA/Jóvenes creadores (1991-1992) y Coinversiones Culturales (1995-1996). Es autor de la novela *cuadrama* (Hoja Casa Editorial. Col. Sentido Contrario, 1998). Actualmente es colaborador del suplemento *El Angel* del periódico *Reforma*.



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes

